

Arte del paleolítico en España.

Estilo artístico desarrollado en España, lo mismo que en el resto de las tierras europeas, hace unos 25000 años a.C., con la aparición de la nueva cultura Auriñaciense. Son las primeras manifestaciones artísticas del hombre, y aparecen en forma de pinturas rupestres realizadas en las paredes de cuevas y abrigos.

A veces, además de dar colorido a las superficies de cuevas, el hombre rasca la roca produciendo grabados y bajorrelieves. Sus mejores manifestaciones son las pertenecientes a la denominada Escuela francocantábrica, de la que se tienen ejemplos tan notables como la Cueva de Altamira.

Estas manifestaciones son producto de la principal preocupación de hombre en ese momento: la supervivencia como grupo. Las pinturas tenían el efecto religioso o mágico de propiciar la caza y los nacimientos. Se realizaban mediante materiales diversos: magnesio, óxido de hierro, tierras, carbón, que mezclaban con grasas de animales. Mientras que los grabados se realizaban aprovechando el propio relieve de la roca y empleando útiles de piedra para perfeccionarlo, la representación de los animales, que son objeto de caza y los símbolos de la procreación, constituyen los motivos más frecuentes.

En la Península son numerosísimos los lugares habitados por el hombre del Paleolítico Superior donde se han encontrado manifestaciones de arte rupestre, especialmente en toda la cornisa cantábrica, zonas aisladas del interior y costas levantinas y meridionales.

Algunas de las muestras más primitivas e importantes son las Cuevas de

la Hoz y la de los Casares. Estas dos cuevas, situadas en las localidades alcarreñas de Santa María del Espino y Riba de Saelices, respectivamente, fueron lugar de albergue del hombre musteriense, especialmente la segunda, dejando en ellas restos de sus utensilios, de los animales cazados y aún de ellos mismos (metacarpiano humano). Sobre todo, destaca en esta cueva la abundancia y belleza de sus grabados y pinturas parietales, perdidas casi por entero en la Cueva de la Hoz, catalogadas como pertenecientes a un período situado entre el Auriñaciense típico o Perigordense Superior (22000 años a.C.) y el Magdaleniense. Al primer período corresponderían los grabados de antropomorfos y caballos más representativos de su arte parietal, que dada su abundancia cabe pensar en la condición de santuario que debió de tener en esta zona del alto Tajo.

Pertenecientes al Auriñaciense y con una antigüedad de unos 18000 años son las pinturas rupestres de la Cueva de la Pileta en Málaga.

Estas pinturas incluyen bastantes dibujos de animales resaltando entre otros varias siluetas de caballos realizados en rojo y negro, además de abundantes signos geométricos. La profusión de pinturas (posiblemente realizadas en "andadas" por diferentes "artistas") confieren a este lugar un sentido especial de santuario y como tal debió ser utilizado durante largo tiempo. Más del 90 % de las representaciones artísticas en la Península tienen como tema los bóvidos, siendo una de las pocas excepciones un extraordinario dibujo de un pez, silueteado en negro, realizado con gran realismo en esta cueva.

Durante el período Solutrense, hace unos 16.000 años, en diversos lugares de las costas levantinas, en cuevas y abrigos naturales, se

realizan toscos grabados realizados en rocas, hueso y madera, o dibujos con carbón u otros pigmentos en las paredes. Una de las muestras más representativa de este período se encuentra en la Cueva del Parpalló, situada en las proximidades de Gandía (Valencia). El hombre almacenó allí miles de plaquetas grabadas con representaciones de diferentes animales como cabras, ciervos, caballos, toros y algún jabalí.

Pero es en la cornisa cantábrica donde se encuentran las mejores manifestaciones del Paleolítico español, todas ellas pertenecientes a la escuela francocantábrica. La Cueva de Tito Bustillo, es una caverna situada en Ribadesella, llamada así en recuerdo de uno de sus descubridores que murió a los pocos días de su hallazgo en un accidente montañoso. Durante el Paleolítico fue utilizada por el hombre prehistórico y un cataclismo ocultó la entrada natural.

Sus descubridores, el 12 de abril de 1968, tuvieron que descender por una peligrosa chimenea y tras explorar sus salas se encontraron con una pared totalmente pintada con figuras parangonables a las de la cercana Altamira. En el Gran Panel hay figuras de tamaño natural: varios caballos de diferentes razas, renos, ciervos, algún bóvido y signos tectiformes. Están realizadas en manchas de color utilizando gamas de negro, rojo, violeta y tierras que modelan las figuras a base de esfumados y degradados de las tintas planas. La mayoría de las figuras están repasadas con grabados. Particularmente interesantes son las representaciones esquemáticas del camarín de las vulvas interpretadas como órganos sexuales femeninos. También destacan las numerosas muestras de arte mobiliario, rescatadas en las excavaciones.

En la misma zona asturiana existen otras cuevas con arte rupestre de

similares características. Destacan las Cuevas del Buxu en Cangas de Onís, la de San Román de Candamo, la del Pindal en Pimiangu. Las pinturas de esta zona están encuadradas en la línea estilística de finales del Solutrense y Magdalenense medio, es decir, tienen una antigüedad comprendida entre los 20000 y 15000 años a.C.

Otra de las grandes muestras se encuentra en la Cueva del Castillo, en la localidad cántabra de Puente Viesgo. Es uno de los complejos cuaternarios más importantes de la Península Ibérica formado por las cuevas del Castillo, Pasiega, Flecha, Chimeneas y Monedas que contienen una variada representación pictórica y restos de útiles que cubren una larga trayectoria histórica. Culturalmente se enmarcan desde el Solutrense al Magdalenense más temprano (18000 a.C. al 9000 a.C.). En la Cueva del Castillo se han hallado, además de bastantes pinturas rupestres, pertenecientes unas al Solutrense y otras al Magdalenense, diversos objetos entre los que destacan un omópato con un ciervo grabado y un bastón de mando realizado en asta con un perfecto bajorrelieve grabado representando un ciervo. A la entrada de la cueva se encuentra un importante yacimiento arqueológico donde se han encontrado más de veintiséis niveles estratigráficos que comprenden desde el Musteriense hasta el Neolítico y Edad de los Metales. Entre las variadas pinturas y grabados del interior de la cueva destacan figuras rojas o policromas de bisontes, caballos y ciervos; múltiples manos en negativo, pintadas mediante el soplado de pigmentos a través de un tubo, y la excepcional imagen de un elefante. Una estalagmita, situada en el centro de la cueva, ha sido retocada y pintada con negro para resaltar los rasgos de un bisonte rampante.

En esta cueva, al igual que en las otras, situadas en sus inmediaciones.

Existen múltiples dibujos de signos entre los que abundan los llamados tectiformes, bandas de puntos y otros signos geométricos.

Por último, la obra magna del cuaternario español son las pinturas de la gran sala de la Cueva de Altamira. Los habitantes del norte de la

Península de hace unos 15000 años consiguieron el más alto nivel

artístico en sus manifestaciones pictóricas, como lo demuestran las

pinturas de Altamira, denominada Capilla Sixtina del arte cuaternario.

Fueron realizadas utilizando las más sofisticadas técnicas de la época,

con gran variedad de colorido que cubre y modela las figuras, dando la

sensación de volumen al aprovechar los abultamientos naturales de la

roca, realismo y naturalismo extremos en las animales representados. Los

motivos representados son muy variados, pero sobresalen los bisontes de

estepa en diferentes posiciones y actitudes, coloreados en rojo y negro,

ocres y morados.

También se encuentran algunos uros, una gran cierva de 2,20 m corona el

"Gran Techo". Se da el caso de que cuando Sautuola descubrió estas

pinturas en 1879 la comunidad científica rechazó el que estas hubiesen

sido pintadas en la prehistoria. Hubo que esperar al descubrimiento en

Francia de pinturas prehistóricas similares para reconocer el valor de

Altamira.